

El relato.

Subió al piso que compartían en la esquina de Còrsega con Rambla de Catalunya, en el límite de l'Eixample. Era uno de esos pisos que habían nacido de la división de otro más grande, tan habituales en aquel barrio.

Entró en el salón y lanzó el bolso sobre el sofá. Después, primero con un pie y después con el otro, se deshizo de los tacones y estiró los brazos como queriendo alcanzar un horizonte cercano.

Desabotonó, pausadamente, cada uno de los diminutos botones de la blusa fucsia de seda. Cuando acabó, la dejó resbalar por sus brazos y la fibra se posó suavemente sobre la mullida alfombra.

También la falda, después de abrir la cremallera lateral, se derramó junto a la blusa en un montículo de pliegues imperfectos.

Vestida por la leve poesía de su ropa interior, se encaminó lentamente hacia la habitación donde tantos momentos de amor se habían fraguado. Se apoyó en el dintel y contempló a la mujer que estaba en la cama recostada en el cabecero, con los ojos entornados. “¡Qué guapa era!”, pensó.

Se habían conocido veinte años atrás. Julia comenzaba el segundo curso de Historia del Arte en la UB y Raquel apareció por allí como por arte de magia (había hecho el primer curso en otra sede de la Universidad). Se sentaba un par de pupitres delante de ella. Era menuda, de estilo un poco progre. Se la veía inquieta, dicharachera y siempre con esa sonrisa tan luminosa, tan deslumbrante. Hiciese lo que hiciese, hablara con alguien o comentara con los profesores, la sonrisa acaparadora estaba siempre ahí. Unos días después reunió el valor para acercársele al acabar la clase. “Hola, soy Julia”. Raquel se volvió hacia ella. ¡De nuevo esa sonrisa imperial! “Hola, yo soy Raquel”, “¿Quieres ir a tomar algo?, le preguntó. “Vale”, contestó Raquel. En un bar del carrer Tallers pasaron un montón de horas hablando, conociéndose...enamorándose. Y, desde entonces hasta ahora.

Era la mejor persona que había conocido. Siempre con un gesto amable, y aquella sonrisa inolvidable para todo el mundo. Evitaba cualquier confrontación. Era la adalid de las causas perdidas. Colaboraba con varias ONG, subía todos los fines de semana a pasear a los perros del refugio de Collserola. Era una lectora incansable e insaciable. Leía a Homero, Ovidio, Safo, Cervantes, Proust, de Beauvoir, Rodoreda, Asimov, Wolf, Aleixandre, Neruda. Escribía poesía, tenía un don para eso. Eran poemas de cinco estrofas que hablaban, casi siempre, de amor. Con malicia, incluía en los poemas palabras poco conocidas, para que los

lectores tuvieran que echar mano del diccionario...Pueyo, edículo, incróspido, cosas así. Citaba a las musas, a los dioses, a los mitos que habían estudiado juntas. Le hubiera gustado escribir una novela, pero decía que no conseguía imaginar un hilo argumental. Que la poesía, sí, aquellas metáforas, aquellos escorzos literarios, afloraban fácilmente.

Carraspeó suavemente. Raquel dio un respingo y levantó la cabeza.

-¿Julia? No te había oído. ¡Qué sigilosa!

Julia se acercó a la cama, se inclinó sobre ella y besó suavemente aquellos labios que tanto amparo le habían proporcionado. Se sentó a un lado cruzando las piernas.

-¿Cómo estás, mi amor? -preguntó- Tienes una sonrisilla maliciosa.

-Ahora te lo cuento, pero, primero, ¿cómo te ha ido el día a ti? -preguntó Raquel.

-Ya sabes, como cada día. Los abuelos son buenos alumnos, un poco escandalosos a ratos, pero buenos -contestó Julia.

-A ver, me ha llamado Rita y me ha dicho que la Uni organiza un concurso de relatos breves para exalumnos y me he planteado participar. De hecho, acabo de grabar las primeras líneas. -dijo, levantando levemente el móvil que tenía en la mano derecha.

-¿Y cuál es el tema? -preguntó Julia.

-No sé si te gustará. Quería contar cómo nos conocimos y nuestra primera noche de amor.

-Espero que no des demasiados detalles. -dijo Julia con los ojos muy abiertos.

-Tranquila, seré lo más elegante posible.

-Y, dime, ¿para cuándo es el concurso?

-Es para Sant Jordi, dentro de un par de meses.

Julia agachó la cabeza y sus ojos comenzaron a anegarse. A Raquel, la enfermedad le había robado la vista y ahora galopaba por su interior como un reguero de pólvora. La doctora Ravot fue muy explícita cuando le llamó, un par de días antes, y le comunicó el pronóstico después de las últimas pruebas: “Julia, tengo malas noticias. La metástasis evoluciona muy rápido. Le queda, como mucho, un mes de vida. Lo siento”.

- ¡Qué bien!, mi amor, ¡qué bien! -musitó Julia.

Alexis Galindo